

Terminado el ciclo de los secretariados, comenzó el ciclo de los proletariados. Con un muchacho porteño, Norry, entré como ayudante de empapelador de habitaciones y como pintor al ripolín. Este muchacho, que es fotógrafo de profesión, ha debutado recientemente como pintor de retratos al óleo, con un éxito sorprendente. Como ves, en París todo es posible. Por lo que a mí toca, te garantizo que, como ripolinizador, soy una fiera. No en vano estuve más de un año al lado de Vigo.

Más tarde, para un librero del Boulevard de San Germán, y por encargo de un periodista de Guatemala, traduje del francés nada menos que la Biblia de los Indios Cackchiqueles y Xahil, texto de Vasseur, con notas del profesor Reynaud. Ese libro se llama ahora, por mi culpa, "Popol Vuh". Como te podrás imaginar, en cuestiones Cackchiqueles, modestia aparte, soy toda una autoridad. Si tienes alguna duda sobre la historia Cackchiquele, que te impida dormir, te ruego que me consultes con entera libertad.

Después, siempre en el terreno de las civilizaciones precolombianas, traduje el "Título de los Señores de Totonicapán". Total: 500 francos.

Los días se ennegrecieron nuevamente. Segunda edición de "Tinieblas". Hasta que, medio desesperado ya, no sabiendo lo que hacer, me llegó la buena nueva de Dabini, nombrándome corresponsal de "La Capital" del Rosario. Esto me remontó el espíritu. Caf, luego, enfermo. Dabini me mandó llamar para que fuera a pasar dos meses con él a Milán. De más está decirte que salí para la tierra del Duomo como escupida de músico (la metáfora no es muy aseada, que digamos, pero te aseguro que expresa exactamente la velocidad fulminante de mi partida).

Segunda etapa. Milán. Vida macanuda. Tiempo magnífico. Hecho un burgués por los cuatro costados. (No lo divulgues entre los escritores de Boedo, porque me van a tomar rabia). Aprendí un poco de italiano. Conocí algunos tipos. Me hice una idea más exacta del fascismo, problema arduo y complejo, más peliagudo de lo que a primera vista parece. Lo único que me extrañó verdaderamente es que en Milán no supieran cómo se preparaban las milanesas con papas fritas.

Tercer etapa. Suiza. Llegado el momento de abandonar a Dabini, para regresar a París, me encuentro con una carta de Maribona, quien se hallaba en Cuba, donde me anunciaba su nombramiento como periodista attaché a la Section Information de la Sociedad de las Naciones. Como tú sabes, Maribona pinta y hace caricaturas. De cosas políticas no entiende un pepino y el poltre no sabía lo que hacer con esa canonía (400 dólares por mes). Yo creo que ignoraba hasta la existencia de la Sociedad

de las Naciones. Por estas razones me pedía que me reuniera con él en Ginebra, donde me haría una propuesta ventajosa...

Tomo el tren. Atravieso el Simplón a una velocidad de 90 kilómetros por hora. Pero, antes de llegar a Berges, ¡zás!, se rompe un puente sobre un río de cuyo nombre no me acordaré más, por la simple razón de que no sabía ni sé cómo se llama. Diez minutos más de adelanto en la ruptura del puente y yo no podría escribirte esta carta. Julepe mayúsculo por brusca detención del convoy. Bueno: la compañía nos trasladada en automóvil hasta la otra punta de rieles. Viaje imprevisto a través de Suiza, hasta Lausanna. Una maravilla de paisaje que no me gusta nada. Paisaje a la gomina. Tipo Larco. Todo en orden. La casita blanca sobre la montañita verde, y el caminito con la piedrita coloradita, como le gusta a Pedrito Miguelito Obligadito. Belleza de tarjeta postal. Olor a peluquería. Llegamos a Lausanna. Recorrí la ciudad, bastante linda, por cierto. Impresión rápida sobre los suizos: pueblo de lecheros y chocolateros. Una suerte de vascongada europea. Máxima para mi colete: los pueblos chicos no son como los pueblos grandes, porque son más chicos...

Después de atravesar el Este de Suiza, llegamos a la región de los lagos, y, por fin, a orillas del Lemán, Ginebra, la tierra de Juan Jacobo Rousseau, cuya estatua, elevada en medio de un islote que lleva el nombre del filósofo, apenas se puede distinguir a causa de estar totalmente cubierta por la bosta de las gaviotas.

En la Gare de Ginebra me esperaba Maribona. Fallecimiento repentino del sistema vegetariano. Dos meses en Ginebra, una ciudad limpia, tan limpia que dan ganas de sacarse los zapatos o escupir en las veredas. Estuve en la VII asamblea de la Sociedad de las Naciones. Presencé la entrada de Alemania, en la persona de Stresemann, un alemán erizado de clavos que habla escupiendo plomo como una ametralladora. Escuché todos los discursos. Gran indignación tribunicia. Briand es un hipócrita. Colado en la nube de periodistas ginebrinos (48 países, a dos o tres periodistas por país, término medio), pude acercarme a ministros y embajadores. Hay cada burro como ministro, sobre todo entre los de la América del Sur, que no me explico bien cómo Nicolás Coronado sigue creyendo todavía en la inteligencia de los políticos. Al algún día te contaré cuanto vi, oí, deduje y sosanqué en Ginebra, en ese tablado de la farsa internacional, al cual en los días memorables de Sacco y Vanzetti le rompieron magistralmente los vidrios a pedradas.

Gran aventura mujerial con una secretaria de la Sección de Información: lo más substancial de la conferencia.

Si hay algo digno de mención en Ginebra, es, sin duda, la Cocina Popular, donde

Maribona y yo, y algunos periodistas, por cincuenta céntimos cada uno comíamos reglamentariamente tres platos. Lugar típico. Refugio de vagabundos y perseguidos de todos los países. Ha merecido un atentado poético de mi parte, que te mandaré en una carta próxima. Es una elegía donde se añora la dulce amargura de las radichetas...

Trabajamos como bestias en la Sección de Información. Maribona y yo hicimos el informe que debía presentar él, es decir, su opinión personal sobre la Sociedad y demás macanas. Te puedes imaginar lo que salió. Terminado el trabajo, llamamos las pilchas y regresamos a París.

Maribona volvió a Cuba. Yo recibí la noticia de la galleta de "La Capital". Un mazazo en el cráneo. Otra vez a la "purée", como dicen por aquí. Retroceso inesperado al decálogo de Kunhe. (Con algunas traducciones y algunas copias a máquina, fui tirando, aunque difícilmente).

Me olvidaba consignar que, en la primer etapa parisién, fui director de "Tiempos Nuevos", cuando se logró darlo a luz nuevamente. Estuve en él durante cinco números. Al poco tiempo, creo que al segundo número, si mal no recuerdo, se armó un lío fenomenal porque yo pertenecía... a la Alianza Libertaria Argentina. Algunos grupos, acaudillados por protestistas, empezaron a declararme una guerra feroz. Por último, me vino un coraje bárbaro y planté. Era imposible trabajar, sobre todo porque los grupos querían imponerse dictatorialmente sobre dicha hoja, que no era rusa. Yo empecé a mandar al canasto artículo tras artículo de los grupos opositores, no porque difiriesen de mi manera de pensar, sino porque aquello estaba plagado de estúpides pluscuamperfectas. Cada vez que uno de esos artículos, que se han hecho famosos en París porque una vez los leí en una reunión de grupos de la zona, provocando la hilaridad general, única manera de probarles de que no era animosidad de mi parte, sino falta de seso en los redactores, cada vez que uno de esos artículos, repito, iba al canasto: reunión extraordinaria de la comisión y pedido máximo de explicaciones. Era el colmo, y me cansé. La carencia de juicio de esa gente me resultaba intolerable. Recibí después una nota de la Prefectura del Sena, invitándome a quedarme "fate bobis", so pena de expulsión.

Yo continué todavía algún tiempo, hasta que vino un compañero de Barcelona, que no era aliancista ni protestista y se hizo cargo del diario. Después de los sucesos del rey Alfonso XIII, vino la "razzia". Con varios compañeros nos fuimos a Rouen, a

casa de un pintor amigo. Cuando pasó el furor, regresamos, salvándonos así de la deportación. Eso de venir a París para ver París y que después de gastar plata en pasajes lo deporten gratuitamente, me parecía un pésimo negocio.

Me he retirado actualmente de los grupos revolucionarios. De tarde en tarde, encuentro a algún compañero. El movimiento francés y español es un desastre. He visto cosas muy feas entre los revolucionarios franceses, hasta en aquellos por quienes hubiera puesto la cabeza en un tajo. El movimiento, en general, está plagado de espías. Me retiré por no asfixiarme y salvar los restos de un optimismo que tuve y que conservo todavía, pero muy apagado, lo confieso. Quisiera creer, como antes, en muchas cosas, pero no puedo. He visto y he comprendido que si el movimiento continúa como hasta ahora está condenado a perecer, irremediablemente. La enorme mayoría de los militantes vive al margen del tiempo y de la historia. Hasta los llamados conspicuos se desperezan en el limbo de semejante ignorancia. Nadie estudia, nadie piensa, nadie observa. Todos avanzan, menos los avanzados. A lo sumo, se contentan con el barniz de cuatro libros teóricos de esos de la época de María Castaña, que las más de las veces han servido, naturalmente, para cerrarles en definitiva, y de una manera absoluta, la mollera. O con media docenas de clisés mentales, casi siempre falsos, con los cuales juzgan todo lo que cae bajo sus ojos. Quizás me equivoque, pero, si seguimos como hasta ahora con esa mentalidad de ganso y de batracio, incapaces de mirar como águilas el paisaje del mundo contemporáneo, vamos a terminar trágicamente en la comedia de la Liga de las Naciones, o vamos a ser arrollados por una nueva mentalidad que no sea ni socialista ni anarquista, pero que responda a las necesidades del momento.

Perdóname esta derivación. Sigo mi relato.

De regreso a París, pues, comienzo a dar tumbos. Marcho hacia la bancarrota económica. De pronto, ¡zás!, ¡otro secretariado! El cónsul argentino en Bourg andaba a la pesca de un secretario particular. Me encuentra. Lo encuentro. Nos encontramos, y aquí me tienes en este puerto militar francés, firmando pasaportes y despachando barcos que van a la Argentina.

Mi puesto es extraoficial. Yo no pertenezco a la carrera. Soy un empleado del cónsul y no del gobierno. De este último no puedo serlo, por dos razones: porque jamás me he llevado de acuerdo yo con ningún gobierno y porque soy... uruguayo.

En fin: finis historiae...